

Biblioteca  Era

www.edicionesera.com.mx

ADOLFO GILLY

FELIPE ÁNGELES,
EL ESTRATEGA



Ediciones
Era

*Quién sabe por qué razón
me anda buscando ese nombre.
Me gustaría saber
cómo habrá sido aquel hombre.
Alto lo veo y cabal,
con el alma comedida,
capaz de no alzar la voz
y de jugarse la vida.*

Jorge Luis Borges,
Milonga para Jacinto Chiclana

*Cuánto más fácil es escribir a favor o en contra
de Lutero que escrutar su alma.*

Marc Bloch,
Apología para la historia

*La historia no dirá una palabra acerca de mí,
porque no lo merezco. Soy un polvo insignifi-
cante que el viento de mañana barrerá.*

Felipe Ángeles,
Discurso de Parral, 22 de abril de 1919

*Después de todo, ya sabremos
lo que ocultaba la esperanza*

Ida Vitale,
El revés de la vida

A manera de prólogo (1980)

Hay dos clases de seres humanos: aquellos que apartan la muerte de su pensamiento para vivir mejor y más libremente y aquellos otros que, por el contrario, se sienten vivir con más fuerza y más inteligencia cuando la acechan en cada una de las señales que ella les hace llegar a través de las sensaciones de su cuerpo y de los azares del mundo exterior. Esas dos clases de mentes no se amalgaman nunca. Lo que unos llaman una manía morbosa es para los otros una heroica disciplina.

Marguerite Yourcenar,
Mishima o la visión del vacío

Nunca me pareció fácil ubicar la figura del general Felipe Ángeles en la Revolución mexicana. Como es ley para los vencidos, el barniz opaco del silencio –tal vez de la calumnia– la ha cubierto a través de los años. Los intentos de rescate han venido de voces aisladas; la última –a mi conocimiento– la de la obra de teatro de Elena Garro.¹ Más por intuición y por algunos rasgos de su persona que surgen de sus escritos, antes que por los testimonios, me ha parecido ver como uno de esos rasgos distintivos una rectitud de carácter que no es común en quienes se dedican a la política y que, dentro de ese mundo, suele llevar consigo el signo de la derrota.

El general Ángeles fue maderista por convicción y continuó siéndolo hasta el fin, pero no lo fue, a cuanto sé, por interés de propietario, que no lo era. Cuando tuvo que combatir el zapatismo en sus inicios, su combate fue ambiguo y, para la reacción, ineficaz. Ángeles entraba al frente de sus tropas en Morelos, miraba a los campesinos, consideraba sus vidas y se negaba entonces a hacer la guerra de los generales franceses en Argelia, de los generales estadounidenses en Vietnam o de los generales argentinos en Argentina. No era un buen general. Hubo que sustituirlo por Juvencio Robles.

Resultó ser, por el contrario, un magnífico general cuando, asesinando el presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez y sublevado el Norte contra el general Victoriano Huerta, puso sus conocimientos

¹ Elena Garro, *Felipe Ángeles* [1967], UNAM, México, 1979.

militares al servicio de la División del Norte y dirigió, con Pancho Villa, esa obra maestra del arte militar que fue la batalla de Zacatecas. Esa batalla dio además una obra literaria entre las mejores de su género: los partes donde Ángeles describe los combates de esos días y anota sus reflexiones al respecto. (Tan distintos y distantes esos partes de los de Álvaro Obregón como la distancia de carácter y de destino que separa a ambos generales.)

Felipe Ángeles, por lealtad y convicción, y tal vez también por natural ambición de quien se siente superior y quiere defender hasta el final aquello que cree justo, tomó partido por los perdedores de la tercera guerra civil de la Revolución, aquélla entre villistas y obregonistas. También es posible que hayan influido en él, según lo declaró en el Teatro de los Héroes en Chihuahua, en vísperas de su fusilamiento, los debates de la Soberana Convención de Aguascalientes (donde su representante, el mayor Federico Cervantes, tuvo después una de las posiciones más conservadoras). Lo cierto es que siguió la suerte adversa de la División del Norte. Antes de la última batalla del Bajío, en 1915, quiso y aceptó ser enviado a Estados Unidos por su Estado Mayor y allá quedó después como exiliado.

Del exilio, donde su reflexión y su evolución están marcadas en sus escritos y en sus cartas, regresó a fines de 1918 para sumarse a las bandas guerrilleras que todavía encabezaba Villa en Chihuahua y tratar de convertirlas en un ejército regular.

Su ambición, a esta altura, era políticamente conservadora: quería regresar a la Constitución de 1857, cuando ya en Querétaro se había sancionado la de 1917. Pero detrás de esa aspiración tal vez se escondía aquella rectitud de un hombre que encontraba una notable dificultad para adecuar los medios que esa rectitud le sugería a los fines que su formación política le incitaba a perseguir.

El proyecto de Ángeles al cruzar la frontera en diciembre de 1918 era irreal y en el fondo de su espíritu algo se lo decía. También en sus cartas de entonces está escrito, así como un signo de fatalismo lo está en las cartas y escritos últimos de Ernesto Che Guevara cuando se dirige a Bolivia. Y si uno a ambos hombres aparentemente tan lejanos por formación, por época y por perspectiva política, es porque creo que están emparentados por algo más profundo: un irreductible sentimiento de justicia y de deber que conforma y da una cierta similitud a las empresas sin esperanza con que los dos cierran sus vidas, y a su actitud calma y estoica ante la muerte.

La de Felipe Ángeles la relata con transparencia insuperable Nellie Campobello en *Cartucho*, el libro de sus recuerdos de niña envuelta en el turbión de la guerra civil en el Norte. No puedo dejar de citarla aquí, cuando refiere cómo vio al general esa niña que fue:

Ya lo habían fusilado. Fui con mamá a verlo, no estaba dentro de la caja, tenía un traje negro y unos algodones en las orejas, los ojos bien cerrados, la cara como cansada de haber estado hablando los días que duró el consejo de guerra –creo que fueron tres días–. Pepita Chacón estuvo platicando con mamá, no le perdí palabra. Estuvo a verlo la noche anterior, estaba comiendo pollo, le dio mucho gusto cuando la vio: se conocían de años. Cuando vio el traje negro dejado en una silla, preguntó: “¿Quién mandó esto?” Alguien le dijo: “La familia Revilla”. “Para qué se molestan, ellos están muy mal, a mí me pueden enterrar con éste”, y lo decía lentamente, tomando su café. Que cuando se despidieron le dijo: “Oiga, Pepita, ¿y aquella señora que usted me presentó un día en su casa?” “Se murió, general, está en el cielo, allá me la saluda.” Pepita aseguró a mamá que Ángeles, con una sonrisa caballerosa, contestó: “Sí, la saludaré con mucho gusto”.

El hijo del general, llamado también Felipe Ángeles, pide ahora que se construya el postergado –¿o jamás proyectado?– monumento a su padre en la Ciudad de México y sugiere medios para hacerlo. Si los monumentos tienen alguna importancia, el general villista tiene tanto o más derecho al suyo que muchos otros protagonistas de la Revolución cuyas efigies se alzan en plazas y glorietas de la ciudad.

Creo, por mi parte, que la imagen que persiste y nadie puede sustituir por monumentos o borrar no construyéndolos está en la coherencia entre la vida y las obras de quienes cruzaron por la historia, grandes y pequeños, conocidos y desconocidos. No las que dicen los libros oficiales, sino las que quedan en las cartas, en los escritos, en los recuerdos de los contemporáneos, en el estilo y en la conducta. Ningún monumento alcanza a tapan la mezquindad del alma, así como ninguno reemplaza la generosidad de las decisiones.

Me atrevo a pensar que encontrarían bastante de ésta y difícilmente aquélla quienes, historiador o historiadora, con la pasión y la objetividad de su oficio, se dedicaran a reconstruir la trayectoria y la vida de Felipe Ángeles. Encontrarlos, estimularlos y darles los medios materiales para ese trabajo sería contribuir a rescatar las luces, las som-

bras y el legado de una de las figuras más solitarias y trágicas entre los jefes de la Revolución.

Ciudad de México, 4 de enero de 1980²

² Este escrito se publicó en el periódico *Uno Más Uno*, México, 4 de enero de 1980. Fue reproducido después en Adolfo Gilly, *Arriba los de abajo*, Océano, México, 1986, pp. 59-62. En investigaciones y recopilaciones históricas serias se han publicado desde entonces, abordadas con respeto y con apreciaciones y matices diversos, la trayectoria y la personalidad de Felipe Ángeles. Aparecen en la bibliografía de este volumen.

I
A LA HORA SEÑALADA

1. Un domingo a las seis de la tarde

“Circulan alarmantísimos rumores, no confirmados, de que en casi todo el país estalló la revolución”: así decía el lunes 21 de noviembre de 1910 el encabezado de la primera plana de *El Tiempo*, diario católico de la ciudad de México.

Sonaba casi como un eco hecho realidad del Plan de San Luis, aquel singular documento donde Francisco I. Madero llamaba al pueblo de México a rebelarse armas en mano: “He designado el domingo 20 del entrante noviembre, para que de las seis de la tarde en adelante, en todas las poblaciones de la República se levanten en armas bajo el siguiente Plan”.¹

Para esta revolución, cuyas fecha y hora se anunciaban en público desde inicios de noviembre cuando empezó a circular el Plan, Madero había estado reuniendo adhesiones, recursos y armas a uno y otro lado de la frontera norte, como conspirador práctico y no como el soñador que a veces nos pintan.²

En carta a José María Maytorena desde San Antonio, Texas, el 26 de octubre, Madero explicaba las razones de esta publicidad sobre una conspiración:

La fecha que he fijado de un modo definitivo y que por ningún motivo variaré es el día 20 de noviembre próximo.

¹ *Plan de San Luis. Manifiesto a la Nación*, en *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, INEHRM, México, 1992, t. VI, p. 178.

² Edgar Urbina Sebastián, *Catálogo parcial del Archivo Francisco I. Madero, perteneciente a la SHCP (cajas 1-23): Madero, los preparativos y la dirección de la revolución de 1910*, tesis de licenciatura en Historia, UNAM, 2005, y Santiago Portilla, *Una sociedad en armas: Insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 83-84.

Como me parece muy importante que el levantamiento sea simultáneo y general en toda la República me he decidido a decir la fecha en el Manifiesto, a fin de que no haya vacilaciones en el ánimo de ninguno de nuestros correligionarios.³

En la misma carta pasaba Madero al aspecto práctico de la cuestión, las armas, del cual por otra parte ya se estaba ocupando personalmente:

Si quiere usted que le mande armamento, puede usted situarme algunos fondos para ello. Tengo ofrecimiento de unas carabinas Springfield que eran las que usaba antes el ejército americano y que me ofrecen a \$ 1.50 oro cada carabina. El parque vale \$ 20.00 el millar. También me ofrecen Beaumont de repetición, de cinco tiros, también del ejército americano, a \$ 1.75 y el parque a \$ 30.00 millar.

A continuación, Madero esbozaba un plan concreto de las primeras acciones armadas en Sonora:

Así que usted puede calcular lo que le pueda mandar de armamento y decirme a qué punto de la frontera, a fin de que la víspera o la antevíspera de que se rompan las hostilidades pueda pasarse ese armamento ya en son de guerra y armar a todo Cananea, pues si logran ustedes que Cananea caiga en manos nuestras, será fácil interrumpir las comunicaciones ferroviarias para que manden fuerzas federales a batirlos y en muy pocos días puedan organizar un cuerpo formidable para libertar todo el estado de Sonora.

En caso de que esta operación tuviese algunas vías de seriedad, quizás sería conveniente que usted personalmente la encabezase, por ser el que tiene más probabilidades de éxito.

De este modo, además de proponerse repartir armas a toda la población minera de Cananea, instaba al futuro gobernador a ponerse al frente de la insurrección. Y no sólo eso, pues así proseguía la carta:

³ Francisco I. Madero a José María Maytorena, 26 de octubre de 1910, Archivo José María Maytorena, Pomona College, Claremont, California (en adelante, AJMM-PC), caja I, fólder 6, exp. 17. La carta agregaba: “Le remito con el portador diez ejemplares del manifiesto y otros diez de un manifiesto al ejército para que los distribuya usted con la mayor prudencia y reserva, pues sería peligrosísimo que cayese uno de ellos en manos del enemigo”.

No sé si habrá usted explorado el ánimo de algunos jefes y oficiales de la guarnición, pues casi todos los oficiales y jefes jóvenes simpatizan casi abiertamente con nosotros, y estoy seguro que llegado el momento se pasarán.

El portador de la presente le lleva una clave para que con ella me escriba usted.

En esta mezcla de realidades prácticas y materiales en cuanto al armamento inicial y de sueños insurreccionales acerca de la disposición de muchos a tomar esas armas, se sustentaban los términos del llamado con que concluía el Plan de San Luis:

Conciudadanos: No vaciléis pues un momento: tomad las armas, arrojad del poder a los usurpadores, recobrad vuestros derechos de hombres libres y recordad que nuestros antepasados nos legaron una herencia de gloria que no podemos mancillar. Sed como ellos fueron: invencibles en la guerra, magnánimos en la victoria.

Una proclama paralela invitaba al Ejército Federal a la insurrección: “voltead las armas contra el enemigo común”, decía, e invocaba como ejemplo en ese año de 1910 “la brillante actitud del ejército portugués que, colaborando eficazmente con el pueblo, logró derrocar a la caduca monarquía para sustituirla por el glorioso régimen republicano”.⁴ La revolución portuguesa había ocurrido el 5 de octubre de ese año, el mismo día en que Francisco I. Madero fechó el Plan de San Luis.⁵

Madero esperaba una insurrección inmediata y general. “Según los datos que tengo es casi seguro que toda la República responderá desde luego a mi llamado y que por lo menos veintiún estados se levantarán en armas entre el 19 y el 20 de noviembre”, escribía en su carta de

⁴ “Manifiesto al Ejército Mexicano”, noviembre de 1910, Archivo Francisco I. Madero, Secretaría de Hacienda y Crédito Público (en adelante, AFIM-SHCP), ff. 5875-5877, también en ff. 5895-5899; reproducido en Federico González Garza, *La Revolución mexicana: Mi contribución político-literaria*, A. del Bosque Impresor, México, 1936, pp. 465-67.

⁵ La revolución del 5 de octubre de 1910 derribó a la monarquía en Portugal e instauró la Primera República. Iniciada por sectores del ejército con el apoyo de fuerzas de la Marina, ganó rápido apoyo popular. “No es posible hacerse una idea del entusiasmo en toda la ciudad. El pueblo está enloquecido de satisfacción. Se puede decir que toda la población de Lisboa se ha volcado en las calles aclamando a la República”, informaba ese día el diario *O Mundo* de Lisboa.

octubre a Maytorena. Y, una vez más, al cierre de la misiva volvía a su obsesión sobre la cuestión de las armas:

Escríbame sus cartas en sobre para los Srs. F. Croos & Company Bankers y la carta dentro de otro sobre dirigida a mí.

Si usted gusta mandarme algunos fondos para que le remita armamento, puede mandarme en endose ya sea a mí o a esos banqueros.

Quizás usted tenga oportunidad de adquirir sus armas en San Francisco, California, lo cual sería mejor porque más pronto estarían en su destino.

Ya que va a jugar el todo por el todo, creo muy conveniente que hagan un esfuerzo usted y sus amigos, pues con unos cuarenta mil pesos pueden comprar armamento suficiente para asegurar el éxito de su campaña.

En espera de sus gratas noticias, quedo su amigo que mucho lo aprecia y su atto. s. s.

Fco. I. Madero

Ese 21 de noviembre casi toda la República Mexicana estaba tranquila o al menos así lo parecía. En la ciudad de Puebla, Aquiles Serdán sí había preparado una rebelión armada para la fecha y hora señaladas. Fue descubierto y tuvo que adelantar la acción al 18 de noviembre, cuando la policía ya se le venía encima. Rodeado en su casa por fuerzas muy superiores, se resistió con las armas a su alcance y lo mataron junto con parte de su familia, mientras otros fueron apresados. Allí al menos la revolución parecía concluida.⁶ En tanto, allá en el Norte, en el pequeño pueblo de Cuchillo Parado, Chihuahua, los núcleos maderistas se habían sublevado y remontado a la sierra el 13 de noviembre, a la espera de que llegara el día 20.

Francisco I. Madero, puntual, había cruzado el río Bravo el 20 de noviembre antes del amanecer. En el lugar y a la hora convenidos no aparecieron las armas ni los hombres. Por fin, pasadas las cuatro de la tarde llegó Catarino Benavides. En lugar de los trescientos hombres previstos venían apenas diez con cuatro carabinas, seis pistolas y escaso parque. Sin disparar un tiro, decepcionado pero no desalentado en sus propósitos, Madero se regresó a Estados Unidos para intentar un nuevo inicio, ahora desde Nueva Orleans.

⁶ *El Tiempo*, México, 21 de noviembre de 1910; *El Imparcial*, México, 19 y 20 de noviembre de 1910, y *El País*, México, 19 y 20 de noviembre de 1910.

La mirada de Friedrich Katz, al considerar este momento, registra una excepción que iba a tener larga historia:

La única rebelión sería que tuvo lugar en noviembre y diciembre de 1910, cuando la mayor parte del país estaba aún tranquilo y en paz, sucedió en el estado de Chihuahua. Pero lo que en efecto ocurrió allí fue algo más que un simple movimiento armado o un alzamiento. Fue una verdadera insurrección de las masas.

Cuando Francisco I. Madero lanzó su llamado, pudo equivocarse en su evaluación de las fuerzas que constituirían el núcleo de la revolución, pero acertó en esencia al juzgar que México estaba maduro para un levantamiento revolucionario.⁷

Sin embargo, vista en ese día tanto desde los puestos de mando de los conspiradores como desde el gobierno federal, la rebelión armada del 20 de noviembre había fracasado. Así lo registró en los días sucesivos toda la prensa de la capital, *El Tiempo* incluido.⁸

El 25 de noviembre el embajador de México en Estados Unidos, Francisco León de la Barra, informaba al secretario de Relaciones Exteriores sobre el tenor de sus gestiones en Washington:

el agitador Madero se halla en territorio de los Estados Unidos y como claramente ha violado las leyes de neutralidad, el embajador de México se permite comunicarlo al Departamento de Estado con la seguridad de que el gobierno norteamericano dará una nueva prueba de su respeto y de su amistad a México ordenando que se aprehenda a dicho individuo.⁹

En otras latitudes del gran territorio mexicano sombras varias se movían. Pero, aun siendo visibles, desde aquellos lugares sus contornos no eran todavía discernibles: como la guerra de Troya de Jean Giraudoux, la revolución maderista no había sucedido. Y sin embargo...¹⁰

⁷ Friedrich Katz, *Pancho Villa*, Era, México, 2000, t. 1, p. 73.

⁸ Sobre los primeros tiempos de la insurrección, véase S. Portilla, op. cit., pp. 83-91.

⁹ Ibid., p. 271.

¹⁰ Ibid., pp. 242-43 y 271; Charles Cumberland, *Madero y la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1977, pp. 145-47, y Jean Giraudoux, *La guerre de Troie n'aura pas lieu* (1935); en español: *No habrá guerra de Troya*.

Y sin embargo, la proclama de rebelión armada, cívica y democrática llamada Plan de San Luis Potosí, además de declarar en su artículo 1º nulas e inexistentes las elecciones celebradas en junio y julio de 1910 y de desconocer en su artículo 2º el gobierno de Porfirio Díaz y demás autoridades provenientes de esas elecciones –“el fraude electoral más escandaloso que registra la historia de México”–, traía en su artículo 3º una carga de profundidad que para los pueblos rurales de la vasta latitud mexicana daba contenido y sentido a su llamado:

Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, ya por acuerdo de la Secretaría de Fomento, o por fallos de los Tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en el caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo.

La palabra maldita: *despojo*, la que condensa en sus tres sílabas todos los abusos, los desprecios, las vejaciones y las humillaciones por parte de los poderosos, los hacendados y los señores de tierras y vidas, sufridos durante generaciones y generaciones, era lanzada por un señor de aquéllos, despojado ahora de sus derechos y de su victoria electoral. El llamado a tomar las armas no venía de un desposeído, un pobre, uno que trabajara con sus manos, sino de uno de esos señores y era sincero, como lo había probado con los recorridos, los actos y las palabras de su campaña electoral y con la cárcel sufrida en consecuencia.

Ahora bien, en el vasto Norte mexicano, donde la vida de cada día se confundía –se confunde aún, que nadie se engañe– con el díscolo Oeste al otro lado de la frontera, las sencillas y varias armas de mano estaban en las casas de los rancheros y los vaqueros y los mineros, y en la costumbre y los modos de usarlas según los saberes y la experiencia de los hombres y las mujeres que habían nacido, crecido y vivido en aquellas latitudes y habían sufrido humillaciones, desprecios y despojos. ¿Cómo no alzarse en armas, como lo hicieron, al grito de “ahora es cuándo”?

Así nació en aquellas tierras de frontera la Revolución mexicana.

Por esos días el coronel Felipe de Jesús Ángeles Ramírez estaba en Francia en misión de estudio y perfeccionamiento iniciada en marzo de 1909 en la Escuela de Aplicación de Fontainebleau y después en la Escuela de Tiro de Mailly. En 1910 había participado en las maniobras del ejército francés en la frontera con Alemania.¹¹ Andaba entonces por sus cuarenta años de edad.

Cuando comenzó la revolución maderista se encontraba en la ciudad de Orleáns. El 24 de noviembre de 1910 envió desde allí un mensaje a la Secretaría de Guerra y Marina pidiendo su regreso a México para reincorporarse a las filas del Ejército Federal:

Toda la prensa de Francia informa de que en México ha estallado la guerra civil. Por ello creo que en realidad nuestro país está envuelto en una lamentable guerra fratricida. Deseo compartir la amargura común y espero que se me llamará y se utilizarán mis servicios en el ejército con un mando de tropas. Tengo el honor, mi general, de hacer a usted presentes mi subordinación y respeto.¹²

“Amargura común” y “guerra fratricida”, decía el coronel, y concluía con un pedido: “mando de tropas”. En el texto iba implícita una opinión sobre la situación política que nadie le había solicitado ni tocaba a un coronel dar desde Europa. Por otra parte, las noticias de los periódicos franceses eran confusas, contradictorias y a veces alarmistas. En la carta, que denotaba una cierta impaciencia por el regreso, Ángeles se apresuraba a dar su propia interpretación.

Recibió rápida y escueta respuesta. El 13 de diciembre de 1910 el Departamento de Artillería de la Secretaría de Guerra y Marina le informó: “no hay nada de cierto en lo que la prensa de Francia publica. El país está tranquilo y si desgraciadamente ocurre algo, se le llamará a usted, como desea”.¹³

¹¹ Byron L. Jackson, *Felipe Ángeles: Político y estratega*, Gobierno del Estado de Hidalgo, México, 1989, p. 22.

¹² Archivo Histórico de la Defensa Nacional, Ramo Cancelados (en adelante, AHDN-RC), exp. Felipe Ángeles, XI/III/1-17, t. 3, f. 523.

¹³ Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la revolución de 1913: Biografía (1869-1919)*, s. p. i., México, 1942, p. 20. Esta demanda de Ángeles “fue mal recibida”, anota Cervantes, y más bien sirvió para prolongar “su permanencia en el extranjero”. Es posible que esta apreciación la haya recibido del mismo Ángeles (B. L. Jackson, op. cit., p. 22).

Allá en México, en ese mes de diciembre, el país no estaba tan tranquilo. Algo ya había ocurrido. El día 3 Calixto Contreras, vecino de Cuencamé, Durango, había invadido la hacienda de Sombrerito con doscientos hombres armados. En Chihuahua, Pascual Orozco, el día 4, con quinientos hombres armados había tomado Ciudad Guerrero. Maclovio Herrera y Guillermo Baca, el 6, habían ocupado San Pablo Balleza. Abraham González y Toribio Ortega desde el día 6 tenían bajo asedio a Ojinaga.¹⁴

El 11 de diciembre, Francisco Salido con unos cuatrocientos cincuenta hombres había atacado Cerro Prieto, bien guarnecido por novecientos federales al mando del general Juan J. Navarro. Las fuerzas federales, superiores en número, en mandos y en organización, rechazaron a los atacantes. En la retirada, Francisco Salido murió. El general Navarro ordenó el incendio de casas de supuestos partidarios de Pascual Orozco, el fusilamiento de varios vecinos de Cerro Prieto y otras represalias. Según los relatos de la época, éstas fueron feroces:

Aunque las bajas fueron pocas en ambos bandos, Navarro consiguió muchos prisioneros y quiso dar un fuerte escarmiento a los rebeldes. Mandó rematar a los heridos con el uso de bayoneta y a varios de ellos ordenó quemarlos vivos. Entre ellos a dos de los más queridos de Orozco, uno de ellos su tío Alberto Orozco. Algunas mujeres del pueblo, de las que se sabía eran parientes o simpatizantes de los insurrectos, ordenó Navarro cintarearlas en público. Entre las víctimas inocentes, “pacíficos” como les llamaban, fusilaron a veintidós personas, entre ellas tres ancianos mayores de ochenta años. Todos los informes de la época coinciden en que esto acabó de inflamar los ánimos de los serranos y finalmente contribuyó a una gran simpatía popular hacia Orozco y su gente.¹⁵

En represalia, en Ciudad Guerrero, ocupada por los oroquistas, fueron fusilados Urbano Zea, ex jefe político de la ciudad, y otros prisioneros.¹⁶ La guerra tomaba su color oscuro. La represión cruel de Cerro Prieto tendría secuelas para el general.

¹⁴ S. Portilla, op. cit., pp. 471-74.

¹⁵ Pedro Siller y Miguel Ángel Berumen, 1911: *La batalla de Ciudad Juárez*, t. 1: *La historia*, Cuadro por Cuadro, Chihuahua, 2004, p. 52. Referencia de los autores: una narración detallada de la batalla, en Tomás F. Serrano, *Episodios de la Revolución en el estado de Chihuahua*, s. e., El Paso, 1911, pp. 199-224.

¹⁶ *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, cit., t. II, pp. 513-16.

Pascual Orozco Vázquez, que por entonces frisaba los treinta años de su edad, pertenecía a una familia acomodada de la región, que cultivaba sus propias tierras. Su padre, también Pascual, nacido en 1859, había sido simpatizante del Partido Liberal y el 19 de noviembre de 1910 se había alzado en armas al llamado del Plan de San Luis. El hijo trabajó como agente de carga para el mineral de la compañía Río de Plata y manejaba también sus propias recuas con sus arrieros para otros encargos: “En San Isidro compraba todo el metal que lo llevaba un montón de arrieros”.¹⁷ Conocía la sierra, sus caminos y sus gentes.

“Su autoridad tradicional había crecido gracias al apoyo de sus numerosos familiares, diseminados por todo el distrito de Guerrero, y de sus muchos amigos”,¹⁸ anota Friedrich Katz. Estaba relacionado con los estadounidenses del ferrocarril y de las minas y, según los informes federales, “era un gran tirador de carabina”. No tardaría en adquirir fama y mando propio en la insurrección que se iba extendiendo por el Norte.

“El país está tranquilo” respondía, a mitad de ese diciembre, la Secretaría de Guerra y Marina al impaciente coronel Felipe Ángeles, “y si desgraciadamente ocurre algo, se le llamará a usted, como desea”. Algo estaba ocurriendo: Chihuahua, Durango, Coahuila, el Norte se habían alzado en armas, y en los combates de esos días se estaba formando lo que después vendría a ser la División del Norte.

Allí esperaba su suerte al coronel.

¹⁷ Graziella Altamirano, “Movimientos sociales en Chihuahua, 1906-1912”, *La revolución en las regiones*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1984, t. I, p. 44. “Pascual tuvo más escuela al principio, porque lo dedicaron sus padres a estudiar y aprovechó un poquito [...]. En la Revolución me lo querían mucho, más que al mismo Madero”, dijeron en 1973 su primo Luis Solís y Samuel Fierro, veteranos de la Revolución, a Ximena Sepúlveda, su entrevistadora en la ciudad de Chihuahua.

¹⁸ F. Katz, op. cit., t. I, p. 115.